

IRIS





—¡De la Casa de Campo, lilas!
Tal es el grito «precursor» de la primavera en este Madrid de nuestros pecados. Estamos en pleno abril; comenzaron los higiénicos paseos matinales por las alamedas del Retiro. Las niñas cloróticas, que tanto abundan en la villa coronada, bajan á beber agua de hierro en la fuente de la Casa de Campo.

Vanse poco á poco desterrando de la indumentaria las prendas de abrigo, substituyéndolas por otras más frescas y «vaporosas». Morteras y modistas aprovechan la felicidad de madrugarse, y solazarse en los jardines antes de asistir al cotidiano trabajo del obrador ó la tienda, para ganar el antipático, «si que» también, «suculento» garbanzo.

¡Cuántos juveniles recuerdos trae á nuestra mente ese mágico grito:
—¡De la Casa de Campo... lilas!

Juventud, primavera de la vida...

que dijo el poeta, y ustedes perdonen ese rasgo do erudición barata.
¡Las lilas! ¡la primavera! ¡maridaje simbólico; Néel expresión do lo que abunda en este pueblo de pan y toros... «ú sáse» de Romanones y Veraguas! Porqué para «lilas» y «primaveras», los españoles! Aguantamos á Silveira, soportamos al beatífico Azcárraga, y por añadidura hemos consentido en que «cuelo» otra vez don Práxedes, olvidando cuanto hay que olvidar, para permitir que vuelva á desgovernarnos tranquilamente. ¡Señales de los tiempos... y de los «lilas»!

La temporada teatral está, como quien dice, «dando las boqueadas». El público tratado como «un lila durante ocho meses, vase hartando de hacer «el» primavera, y los colises de á 0'75 por hora, yacen en espantosa soledad. Gracias á la epidemia «tifoidea», concurren algunos «lilas» que toman por «primaveras» á los empresarios. Hasta la hora presente (y ya va siendo tarde), no se ha presentado una obra de esas que en «el género chico» forman época.

Y es que el público se ha convencido de que reir retruécanos «traídos por los cabellos», chistes «verdes», y equívocos «rasnochados», entusiasmarse con la exhibición del «coro de señoras» en prendas menores, ó contemplando la plástica exuberancia de las «tipties ligeras» de cascos y de ropa, es propio de «lilas» y «primaveras». Así es que, como éxitos «verdad», sólo deben apuntarse dos obras: *Los Ga leotes*, de los hermanos Quinteros y *Lo cursi* de Jacinto Benavente. En cuanto al drama de Pérez Galdós, opinamos que ha sido «más el ruido que las nueces». Como obra de combate, formidable. Como obra teatral flojita. Salvo el acto cuarto, que es magnífico, y el diálogo, que, como escrito por Galdós, es muy correcto, lo demás... ¡para la galería! Sólo aplaudimos en él la tendencia liberal y regeneradora; la enérgica y valiente protesta contra la reacción que nos ahoga y la oportunidad, aprovechada por el autor, para lanzar el reto. Lo cual es mucho en estos tiempos de «lilas» y «primaveras», en que faltan «caracteres» y sobran «tipos».

Y D. Benito «ha resultado» un carácter «de cuerpo entero». Algo es algo, y no desesperemos de ver como surgen muchos Galdós, capaces de conseguir con sus genios la redención de esta patria que gime bajo el poder de tanto Sancho gubernamental.

También el amor suele producir estragos en las almas sensibles, al comenzar la primavera. La sangre se agita, hierve y... ¡zas! cátense ustedes una muchacha que «se pierde», un galán desdichado que se suicida, una pareja que «se rapta», ó un «primavera» que se casa, ¡todo por la influencia de esta pícara estación! La estadística criminal, registra en esta época más «casos» que en otras del año. Y es que la sangre se «revolucionaria», y convierte en sedicioso al hombre más pacífico. También los poetas suelen «meterse» con la primavera, apedreándola desapiadadamente con sus cantos, más ó menos rodados, pero seguramente «más» ripiosos.

¡Cuántas cosas ha dicho Grilo de la primavera! A pesar de cuanto en alabanza de este mes se ha dicho y escrito en todos los tiempos y tonos, hay seres para quienes resulta «molesta» «si que» también fúnebre.

¡Pobres «toreros» de invierno! En cambio empiezan á comer los «cómicos» de verano... ¡y váyase lo uno por lo otro! No transcurrirán muchos días, sin que lean ustedes en los periódicos de gran circulación esta interesante noticia: «Ayer pasó, á pie, conversando con varios amigos por la Moncloa el Sr. Sagasta... El ex-presidente del Consejo de Ministros, Sr. Azcárraga, ha pasando esta tarde por el Retiro, en un carruaje, y se le proban maravillosamente... Al Sr. Silveira le «ha salido» un grano... que puede ser Villaverde, pongo por erupción. Esa es otra de las ventajas que nos depara la deliciosa primavera. «Donde menos se piensa salta un grano» ó un granero, que «para si» quisiera «el bueno» de Gamazo. Que como ustedes saben y yo no ignoro, es uno de nuestros «conspicuos» negociantes en granos. Sin perjuicio de ser uno de tantos como á España mortifican. Porque si «lilas» abundan y «primaveras» no faltan, lo que es granos... ¡vaya si le han salido al país, gordos y malignos!

Silveira... Villaverde... Gamazo... Azcárraga... Sagasta...

—¡De la Casa de Campo... lilas!



Luis FALCATO



La boda de la Trucha

Concha Rodríguez, conocida en el barrio por la *Trucha*, y heredera de un famoso puesto de pescados que estableció y supo acreditar su *schor* padre, contrajo nupcias no ha muchos días con un tal Perfecto Gazapo, simpático joven dedicado á la venta de piezas de caza y aves de corral.

Unieronse la caza y la pesca, y tan extrañas circunstancias concurrieron en la boda, que bien merecen ser conocidas por mis queridos lectores.

Ahí van, pues, algunos detalles de que puedo dar fe como testigo presencial. El padrino llevaba á la ceremonia un traje flamantito, la novia un ramo de azahar como un repollo, y el novio una escama de primer orden, porque sospechaba que en casa de la *Trucha* no era él quien cortaba el bacalao.

Además del padrino, que es un pedazo de atún, asistieron á la iglesia un tío de la novia, de la clase de percebes frescos, y la madre de Concha, la viuda del pescadero, luciendo un magnífico vestido color salmón y un lunar en la barba pintado con tinta de calamares.

Por parte de Gazapo, asistieron á la ceremonia varios sujetos de los que favorecen su tienda, especialmente gran número de pollos, y no faltó allí gente de pluma dispuesta á publicar en letras de molde la noticia de la boda.

Nada de particular ocurrió en el acto religioso.

Desposaron á los novios, les dijeron la misa, les dieron la comunión y les tocaron el órgano.

Terminada la ceremonia y llegada la hora de los sollozos convirtióse el recinto sagrado en alfarerías, pues se dedicaron á hacer pucheros casi todos los concurrentes, llegando á reinar tal confusión entre estos, que á veces no sabía uno á quien felicitaba y prueba de ello es el beso que, destinado á la madrina, me estampó á mí en la nuca por equivocación un sargento de la guardia civil, tío del novio.

A la salida de la iglesia, no pocas viejas que conocían á los desposados, decían de la pescadera:

—¡Buen marido ha sabido cazar la *Trucha*!

Y del joven de la caza:

—¡Buena mujer ha pescado Gazapito!

Detalle curioso: al salir Gazapo del templo cogió una liebre. En vistosa caravana fuimos desde la parroquia á casa de la *Trucha* que, como es natural, vive en la calle del Pez, y es tan pequeña la habitación que tuvimos que estar en ella como sardinas en banasta.

Hállase engalanado el comedor con trofeos y atributos propios del comercio á que la novia se dedica. Cuelgan del techo á modo de estalactitas calamares de distintas clases rodeando á un gran pulpo central de cuyas orejas pende una lámpara de diez bujías; el piso se halla empedrado de almejas, y las



paredes, en vez de estar cubiertas de platos ó estampas, lo están de lenguados sujetos con tachuelas. Si, lectores míos; vi que allí todos eran lenguados. La única deslenguada era la madrina.

A las doce nos sirvieron el almuerzo.

Me figuré que en el menú abundarían las ostras, ó por lo menos las latas de sardinas. Pero no hubo ostras, ni sardinas. En cambio latas no faltaron; y de las mejores que pueden ustedes imaginarse.

Por cierto que allí se prometió de lo lindo, pues en la mesa pude ver (dicho sea sin agraviar á nadie), los congrios y los besugos intercalados con los pollos y los cabritos.

Luego examiné detenidamente los regalos y la vivienda de los recién casados. Aquellos, como es natural tratándose de una novia pescadera, eran bonitos. Y respecto á la casa, yo creí que iba á ver una cámara nupcial insignificante; pero me llevé chasco y me quedé corto, porque entre las pescaderas no se estilan las cámaras, sino los camarones.

Después de muchas bromas, casi todas ellas picantes como demonios, dispusieronse los novios y los convidados á pasar la tarde bailando al aire libre; pero no en las Ventas, no en la Bombilla, sino en un corral que tiene Gazapo lleno de animalitos destinados á la venta.

Ignorando el programa, preguntaban algunos amigos después del almuerzo:

—Y bien, ¿ahora á donde llevamos al novio?

—¡Al corral! ¡al corral!—contestaban otros maliciosamente.

En efecto, al corral de Gazapo fuimos todos, y con gran asombro de las gallinas, los pavos y los conejos, que nunca habían visto una boda, las invitadas y los invitados bailaron hasta llegar á la fatiga coreográfica, siendo de notar que el cura que bendijo á los novios también bailó. Fué el único que realmente pudo bailar de coronilla.

Temiendo que aquellos pescaderos me escabecharan, renuncié á presenciar el final de la fiesta y me retiré del lugar de la catástrofe, deseando á los novios una eterna luna, sino de miel, por lo menos de escabeche, y aconsejando á la Trucha en secreto que quitase la escama á Gazapo y que le sonriera siempre, aunque fuera con la risa del conejo, como vulgarmente se dice.

—Adiós amiga,—dije por fin á la Trucha madre.—¡Dios quiera que este casamiento resulte para los novios un camino sembrado de rosas!

—Más espinas que rosas hallarán probablemente.

—¿Por qué?

—¡Ay, hijo! Porque, desengáñese usted; por muy feliz que sea una pescadera, tiene que tropezar con muchas espinas en su camino.

Aquella madre de color de salmón me convenció desde luego.

No he sabido más noticias de la boda.

Es decir, he sabido que ha última hora los convidados abusaron de la bebida y que muchos de ellos salieron del corral completamente borrachos. Pero no me choca; porque es lo natural. ¿Cómo habían de faltar merluzas en la boda de una pescadera?



(Dibujos de F. Verdugo)

JUAN PEREZ ZÚSIGA

CIUDADES GADITANAS



CÁDIZ: PLAZA DE ISABEL I

recobrada por los cristianos en 1262. Los ingleses la saquearon en 1526; intentaron vanamente apoderarse de ella en 1626 y 1702 y la bombardearon en 1800. Asiento de las Cortes en 1809 fué bloqueada por los franceses hasta 1812.

En 1823 se retiraron á ella las Cortes con el rey Fernando VII pero la plaza se tuvo al fin que rendir al duque de Angulema, que la bloqueó también.

Cádiz es una de las más hermosas ciudades andaluzas: tiene 63,006 habitantes y es cabeza de línea de la gran red ferroviaria que termina en Samara (Asia Rusia) en un transcurso de 6500 kilómetros. Sus paseos y jardines son bellísimos y entre



JEREZ DE LA FRONTERA: PLAZA DE ABASTOS

Hállase situada la inmortal ciudad de Cádiz sobre un islote á la entrada de la gran bahía de su nombre, enlazado á tierra firme por un istmo de arena que queda en seco en la bajamar y sobre el cual hay establecido un ferrocarril.

Según ciertos autores fué fundada por los Tirios y cuenta indudablemente entre las más antiguas ciudades de Europa. Es la *Gades* de los fenicios y la *Julia Augusta Gaditana* de los romanos. Conquistada por los moros, fué

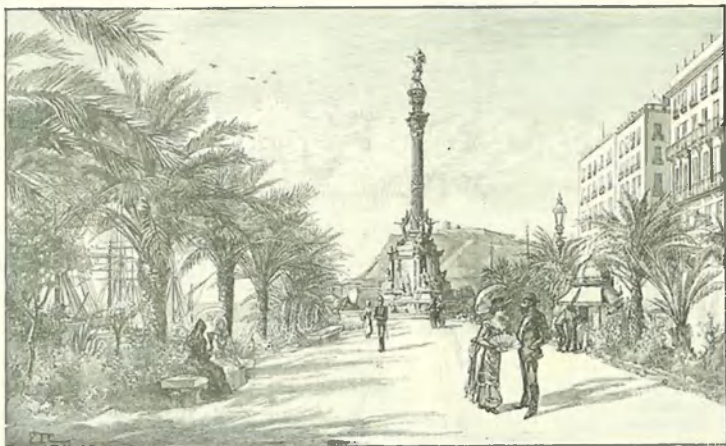
sus principales edificios descuellan las Casas Consistoriales y las dos catedrales nueva y vieja.

A cuatro leguas de Cádiz, por mar, se halla Jerez de la Frontera, uno de los más bellos llorones de Andalucía. Su término es famoso en el universo mundo por sus incomparables vinos. Es una ciudad opulentísima, dotada de toda clase de adelantos modernos y en la cual con de admirar las colosales bodegas de algunas casas cosecheras.



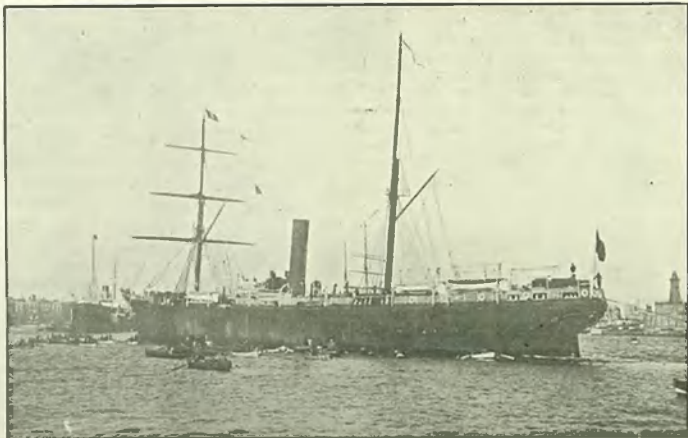
SAN FERNANDO: CAPITANÍA GENERAL

EL PUERTO DE BARCELONA.--LA ESCUADRILLA RUSA



PASEO DE COLÓN

La llegada de un trasatlántico constituye siempre un importante acontecimiento en cualquier puerto, y por lo mismo no es de extrañar que se observe parecidamente en el nuestro inusitada animación. Los boteros que se aprestan á hacer negocio, los enviados de los hoteles y fondas, que se apresuran á



LLEGADA DE UN TRASATLANTICO

ofrecer alojamiento á los pasajeros; los consignatarios; los dependientes de las casas receptoras; los agentes de aduana; las familias de éstos que van á recibirles, las unas á bordo y las otras esperando en el andén; los vendedores de frutas, baratijas y periódicos; los curiosos, que nunca faltan, y los que andan á caza de gangas, que tampoco brillan por su ausencia forman un crecido núcleo de gente que va y viene, se impacienta, se agita y sigue con el mayor interés las operaciones de demandar puerto, embocar en el mismo, fondear, echar anclas y proceder luego al desembarque.

El espectáculo de la llegada de uno de esos colosales transportes es, á la verdad, imponente, y hay que rendirse á un sentimiento de admiración ante la industria humana que de tal manera ha sabido imponerse á la naturaleza, borrando las distancias entre los países separados por el peligroso pillago.

Pero el interés es mucho mayor aun cuando llega una escuadra, ó aunque sea una escuadrilla, como la que fondeó recientemente, rusa, y estuvo anclada en la escolera del Este. Hé aquí algunas noticias sobre los tres buques que la compo-



CRUCERO TORPEDERO «KHRABRY»



ACORAZADO «IMPERATOR ALEXANDER II»



TORPEDERO «ABREK»

de 6, ocho de 47 milímetros, de tiro rápido, y cuatro cañones revolvers. El *Abrek* está clasificado como torpedero de alta mar.

nian, al mando del almirante Birileff.

El acorazado *Imperator Alexander II*, fué botado al agua en 1887, tiene un casco de construcción mixta, es decir, de acero, hierro y madera. Se halla dotado de torres á barbeta y su arboladura consta de dos palcos con cofas militares.

Mide 101 metros de eslora, 20 de manga y 8,80 de puntal, desplazando 8,410 toneladas.

La fuerza de sus máquinas es de 8,500 caballos y su velocidad media es de 16 millas por hora. Posee dos hélices y sus carboneras pueden tener cabida 1.200 toneladas de combustible.

El espesor de su coraza es de 366 milímetros en la cintura, de 160 en las baterías, de 306 en las torres y de 76 en el puente.

Monta dos piezas de 12 centímetros, cuatro de 9, ocho

DOLORES

A MI QUERIDO AMIGO D. RAMIRO DE ARAMBURU



Yo tuve hace tres años unos amores con una hermosa joven, discreta y rica: hasta el nombre era lindo: ya ves ¡Dolores! (aunque no era del pueblo de aquella chica que dicen que es muy guapa y hace favores.)

De ojos azules, alta, fascinadora, de abundoso cabello, á quien peleá Febo estaba buscando cada media hora; y que á todos los mozos de su aldea una atracción causaba, provocadora.

Marchaban al principio las relaciones con un viento á la popa que era una gloria: ¡discreta, hermosa y rica! ¡Qué condiciones! ¡Qué momentos de dicha! ¡Qué de ilusiones! ¡Cuán presto habéis pasado para la historia!

¡Qué recuerdos conservo de esos amores! ¡Los primeros que tuve yo en la tierra! Todo iba caminando sin los enenores contratiempos, que brotan para dar guerra á los que se aman tanto cual yo y Dolores.

Y á poco un envidioso de mi fortuna sin respetar ni nada mis relaciones, la dirigió diez y ocho declaraciones: pero igual que si hablara frente á la luna pues no vió realizadas sus ilusiones.

Más tarde, otros y otros siempre llovían declarando á mi novia con arrebatos el inmenso cariño que á ella sentían: pero nada lograban los insensatos que marchaban lo mismo como venían.

Así, muy poco á poco, los envidiosos fabricando mil chismes ¡ay! consiguieron que aquellos amorcillos tan silenciosos... ¡nada! que nuestros padres por fin creyeron que eran unos amores escandalosos.

Y no hubo otro remedio desde aquel día que seguir *in occultis* las relaciones: diariamente Dolores si me escribía mis respuestas al punto las recibía expresando fielmente mis aflicciones.

Siguió la mala suerte: que se enteraron de toda la secreta correspondencia por una carta mía que á ella le hallaron; y para hacer más triste nuestra existencia de nuevo aquellos lios se renovaron.

Y en casa la tuvieron encarejada invierno, primavera, y hasta un verano; y no hallé otro recurso de que echar mano para comunicarme con mi adorada que hacer todo un correo de su hermano.





Un niño de diez años, pero muy listo: ligero como un galgo, muy complaciente; que hacía los encargos divinamente; y á la verdad, Ramiro, que yo no he visto ni mejor empleado ni confidente.

Pero hasta de éste quiso mi mala estrella, que dudasen en casa de mi adorada; y un día que entregóme carta de aquella guapísima Dolores, mi novia bella, le registran en casa sin hallar nada.

Cuando vino el chiquillo en el siguiente en busca de respuesta, sencillamente me refirió y con todos los pormenores, como á él en casa y á mi Dolores miraron los bolsillos inútilmente.

—¿Cómo vas á arreglarte, —le dije al punto, — chico, con esta carta? Han de pescarte, y luego por mi culpa van á pegarte; y á la pobre Dolores, según barrunto, tampoco ha de tocarle la mejor parte.

Y en actitud valiente, pero sumisa, me dijo cautivando con su sonrisa:

—No se apure, porque ésto ya se remedia.

—¿Dónde vas á llevarla?

—¡Otra! En la media. —

Y cogiendo mi carta metióla á prisa.

—¿Pero ¿ahí va segura?

—¡Perfectamente!

—¿No te miran las medias?

—¡Ay, qué ocurrencia.

Y luego me repuso muy balbuciente:

—También ella aquí lleva continuamente de usted toda la larga correspondencia. —

Oyendo ese episodio, para mí extraño, comprendí avergonzado mi desengaño; me temblaron entonces las dos rodillas, y dando media vuelta murmuré huraño: —¡Y á mí que me gustaban sus pantorrillas!

Entonces acabaron esos amores que tanto tiempo tuve con la Dolores: con la chica preciosa con quien creía que en días más felices, más seductores el cielo nuestro lazo bendeciría.

La devolví sus cartas: la dije luego que guardase las mías, que no quería, ó sino que arrojase todas al fuego: porque sabiendo aquello yo como á ruego ¿exigirla mis cartas? ¿yo? ¡cualquier día!

VICTORIO DE AMABAGASTI

Zaragoza.





Juicio oral.

Como la causa tenía poco interés; en la sala apenas había gente.

Los magistrados dormitaban en sus siales, el abogado defensor ordenaba sus apuntes y el fiscal estaba inmóvil y serio como hombre que creía que el aspecto frío debía corresponder á la sagrada misión que tenía en este mundo por virtud de la ley. La procesada, porque se trataba de una mujer, estaba en su banquillo con la cabeza baja mirando de reojo á los lados y sin atreverse á volver la cabeza hacia la sala para no satisfacer la curiosidad de los que iban á verla el rostro.

Se encontraba allí por haber robado á su ama una sortija de oro tasada en 250 pesetas; estaba confesa de su delito de modo que la vista ofrecía pocos incidentes y no había despertado la curiosidad, ni de los abonados diarios á los espectáculos de las Salesas. Era una de tantas.

Lo único que *amenizó* la transmisión pública de aquel negocio fué la declaración de Matilde, el ama robada, mujer hermosísima, famosa en Madrid por sus escándalos y por su elegancia. Su entrada en la sala produjo un rumor de admiración: los magistrados abrieron los ojos adormecidos; el fiscal dejó su ticsura para poner una cara muy amable y los jurados sonrieron maliciosamente repasando en la memoria las cosas que de Matilde habían oído contar antes de comenzar la Audiencia.

A las preguntas del fiscal, hechas en el tono más melifluo que le fué posible Matilde, contestó poco más ó menos:

—Esa chica era la doncella en quien yo he tenido más confianza en mi vida. El domingo último de carnaval me pidió que le prestara la sortija para ir á un baile de máscaras. Yo que tengo muy buen corazón y que no se negar ningún favor á mis criadas ni á nadie, le presté la alhaja. Cuando volvió á casa se presentó ante mí llorando y diciendo que había perdido la sortija no sabía donde. Yo lo sentí mucho porque era un recuerdo de grande interés para mí, pero no pensé nada malo de ella; procuré tranquilizarla y me resigné á perder mi joya. Pero á los pocos días la cocinera me dijo que en el baul de la doncella había una papeleta de empeño que debía ser de la sortija perdida. En un momento en que la doncella no estaba en casa cogí la papeleta, mandé á desempeñar la prenda y resultó ser en efecto la alhaja en cuestión. Entonces mandé llamar á los guardias y se llevaron á esa chica á la cárcel. No me importó tanto el valor de lo robado como el engaño. No puedo resistir que me engañen y todavía me indigno si recuerdo la hipocresía con que fingió que lloraba y que estaba poco menos que enferma por haber perdido mi sortija en el baile.

El acento de sinceridad con que Matilde dijo las últimas palabras conmovieron á la sala. Y cuando salió dejando un rastro de perfume caro que embalsamó toda la estancia el Presidente dijo por lo bajo al magistrado que tenía á su derecha:

—¡Buena mujer!

A lo que contestó el buen señor sonriendo:

—Ya la conozco hace mucho tiempo.

Luego declararon una porción de testigos; los guardias, la cocinera, el portero de la casa, el dependiente del establecimiento de préstamos donde había sido empeñada la sortija y otros sujetos que más ó menos directa ó indirectamente habían intervenido en el asunto. La *vista* que se había animado mucho con la presencia de Matilde, tomó otra vez el aspecto del asunto ordinario, vulgar, sometido á una pauta que aburre á cuantos en él intervienen y cuyo fin ansían con anhelo hasta los que allí están por pura

distracción. El fiscal y el abogado cuando les llegó su turno hicieron sendos y elocuentes discursos. El primero demostró con la ley en la mano que la sirvienta había incurrido en el delito que especifica el Código Penal en el artículo tantos é insistió también en que lo del engaño puesto en práctica para realizar el hecho indicaba que la fíndole de la procesada era malísima y estaba pidiendo á voces que el jurado fuese severo para cortar á tiempo y con un saludable castigo el desarrollo de instintos que podrían causar graves perjuicios á la sociedad si se los dejaba crecer y desarrollarse.

El abogado que en esta causa no iba á ganar ni fama ni dinero, rezó un discurso titubeando á cada momento, olvidándose del nombre de su defendida á cada paso y repitiendo los mismos argumentos y hasta las mismas palabras con una pesadez desesquillante. Pidió la libre absolución de la procesada fundándose en que ella no había cometido el delito sino por indicación de otra amiga que la había aconsejado el empeño de la sortija. Además, según el letrado la procesada guardaba la papeleta, para reunir la cantidad necesaria con que desempeñar la sortija, y entregaría á su dueña, lo que probaba que su arrepentimiento era grande, que solo un momento de extravío la pudo impulsar á cometer el delito y que había en ella un fondo de moral digno de tenerse muy en cuenta por los señores jurados antes de dar su veredicto.

Terminados todos los trámites del ritual el Presidente dirigió la pregunta de rúbrica.

—¿Tiene algo que decir en su defensa la procesada?

—Sí, señor,—contestó ésta puesta en pie.

Y echándose atrás el pañuelo de seda que llevaba á la cabeza con el mantón caído por detrás de los hombros y en actitud altanera y descarada dijo:

—Yo, si he hecho mal que me castiguen... ya se que no debía empeñar lo que no era mío... y con las propinas que me daban algunos amigos de la señorita pensaba juntar para sacar el anillo y devolvérselo, aunque para ella que tiene una caja llena de sortijas de todas clases eso es como un alfiler para mí...

El presidente dió un campanillazo.

—Diga lo que tenga que aducir en su defensa y no juzgue del valor que puedan tener las cosas para otras personas.

—Pues repito que pensaba devolver la alhaja,—continuó la procesada,—y eso que la señorita cuando la dije que la había perdido me contestó que no me apurara que era cosa de poco valor y que se hacía la cuenta de que me la había regalado.

Y el Presidente dió otro campanillazo.

—Eso ya lo ha dicho la procesada en sus declaraciones; no se pueden repetir las mismas razones indefinidamente; si la procesada no tiene que añadir nada nuevo...

—Sí, tengo,—interrumpió ella con mayor descaro y además más insolente.—A mi señorita y al señor,—señalando al fiscal,—les ha molestado mucho lo del engaño. Pues bueno, que traigan aquí á la señorita Matilde, que se siente en este banco porque el hotel y el coche y todo lo que tiene lo debe á que engaña á un señor muy rico...



El Presidente comenzó á repicar la campanilla.

—Eso no es de la defensa de la procesada,—gritó.—¡Orden!

Pero la doncella de Matilde no se asustaba de campanillazo más ó menos y á grito herido continuaba diciendo:

—Todo su dinero y todas sus alhajas todo lo tiene por engañar...

El vocerío que se produjo en la sala no dejaba oír las palabras de la procesada. El Presidente repetía la palabra orden y los campanillazos sin cesar: el abogado pedía que se oyera á su defendida y protestaba de las interrupciones del Presidente al mismo tiempo que procuraba calmar á aquella que parecía acometida de un verdadero acceso de rabia según gritaba y manoteaba. Todo esto con la intervención de los uigieres, celadores y guardias formó por algunos segundos un verdadero tumulto que solo tuvo término cuando haciendo un esfuerzo el Presidente logró dominar el vocerío al dar la orden de que la procesada fuera sacada de la sala de la Audiencia.

Pero esto no intimidó á la sirvienta porque cobrando nuevos bríos ante el relativo silencio que había producido la orden del Presidente, volvió á gritar:

—¡Todo lo tiene por el engaño, porque engaña á la persona que se gasta con ella su fortuna!

El Presidente para poner término á aquella escena repitió:

—La procesada para defenderse no necesita acusar á nadie de otros delitos. Que sea retirada inmediatamente de la sala.

Mientras los guardias ejecutaban la orden, el fiscal creyó que en las palabras del Presidente había algo que le obligaba á hablar como defensor sagrado de la ley é intérprete vivo de la misma.

—Y en todo caso,—dijo,—eso que se denuncia no es delito porque no está penado en el Código.

—¿Qué no está en el Código?—gritó la procesada deteniéndose á pesar de los tirones que la daban los guardias y procurando volver á su sitio.—¡Qué no está en el Código!

—¡Basta! ¡Orden!—volvió á exclamar el Presidente.

—¡Pues vaya unos Códigos que tienen usías!—vociferó la procesada.

Los guardias hicieron un enérgico esfuerzo, la arrancaron de la barandilla del estrado donde se había agarrado para decir las últimas palabras y la sacaron poco menos que arrastra de la sala.

Con esto se restableció el orden y se pudieron cumplir con sosiego todos los trámites del ritual del enjuiciamiento.

—El Presidente hizo un discurso y el jurado se retiró á deliberar; la discusión fué breve; la autora del robo era la acusada y el veredicto de culpabilidad se impuso á los generosos sentimientos de los que más dispuestos estaban á la clemencia.

Cuando terminadas sus tareas el Presidente se despedía de los magistrados dijo dirigiéndose al que durante la vista había manifestado que conocía á Matilde:

—Ya ha visto usted que esa chica se ha atrevido á señalar deficiencias en nuestro Código. Donde menos se piensa salta un legislador.

—Y tenía razón,—contestó palideciendo el magistrado.—La estufa de esa señorita no está en el Código pero no faltará quien la castigue porque yo no me dejo engañar fácilmente por nadie.

Y desapareció rápidamente con los ojos injectados en sangre y el paso apresurado.

EMILIO SANCHEZ PASTOR



EL ARTE CONTEMPORÁNEO

El autor ha cuidado de indicar bien el asunto: el es un estudiante, el clásico estudiante del Barrio Latino, con su pipa y su griseta. Que sea estudiante de medicina, ó de derecho, ó de farmacia, ó de arquitectura la situación es igual y el desenlace también.

Este desenlace puede, sin embargo, tomarse por lo cómico ó por lo trágico; generalmente sucede lo primero, y el estudiante, doctorado ya, es reemplazado por otro en vías de doctorarse, pero á veces las cosas adquieren un carácter sumamente desagradable: hay señorita de esas, que no se contenta con menos que con



A LOS VEINTE AÑOS, cuadro por A. Lenoir

arrojarle al ingrato una botella de aceite de vitriolo por la cara; otras veces la pobre abandonada va rodando de peldaño en peldaño hasta el último extremo de la miseria, como la pobre *Fantina* de *Los Miserables*.

Ello es que no hay que fiar mucho de las alegrías de esos amoríos que tienen su principal representación en París; los estudiantes alemanes ó ingleses no suelen ser tan aficionados á esos *collages*; y de los rusos, no digamos, pues entre ellos abundan los tolstoianos, con todas sus consecuencias.

Bien mirado y pensado todo hay que condenar enérgicamente los amores esos que tanto explotan los novelistas, vaudevillistas, pintores y dibujantes; es rebajar á la mujer, convertirla en simple instrumento de pasatiempo; porque la griseta sabe bien que el estudiante la dejará plantificada en cuanto scabe la carrera, y no se la podrá llevar al pueblo, aunque quisiera, pues siendo como es la sociedad francesa de provincias más intolerante y rígida aun que nuestras Ficóbrigas y Orbajosas, pondría en cuarentena al *faux menage* y aun casándose no se le perdonaría al novel abogado, médico ó ingeniero que hubiese tomado por costilla á una ribeteadora ó chalequera de París.



ENSAYO MUSICAL, cuadro de Ribera

Liss
cumpl
bién te
gora,
dón y
prodig
En e
conver
veras
y aleg
tanto
le dulo
diabli
broma
enfare
mente
con to
pecho
da dió
—¿Q
sado?
Y la
ojos lle
encenc
testó e
—Na
arabó
sobre
señal
pero en
aparec
culada
punto
sus en
palom
bio nid

Tu
al p
y at
de la

La
no d
abra
ó ma

No
ó si
que
son l

El
Nuest
Donde
tiérrez,
senbusc
Rubí, V

RESEN

PEPITORIA

SANGRE DE ROSAS

Lissie tenía diez y seis años ya cumplidos y bien empleados y también tenía un hermoso gato de angora, blanco como un copo de algodón y a quien miraba tiernamente, prodigándole envidiables caricias.

En el florido parterre de su casa conversaba aquella tarde sobre diversas futilidades un grupo de señoras y alegres muchachos. Lissie entre tanto jugaba con su gato, soplando dulcemente en el hocico; pero el diablillo del animalito no estaba de bromas aquel día y encarándose enfurecido con su dueña, repentinamente levantó una de sus manos y con toda fuerza clavó la garra en el pecho de la pobre Lissie, que asustada dió un grito de terror.

—¿Qué te sucede? ¿Qué te ha pasado?—la preguntaron todos en coro.

Y la afidiga muchachita, con los ojos llenos de lágrimas y el rostro encendido como una amapola, contestó entre sollozos toda turbada:

—Nada, que el malvado gato me arañó aquí... aquí en el cuello, y sobre el cuello no había ninguna señal que denunciara el arañazo; pero en seguida una manchita roja apareció tiñendo la blancura inmaculada de su corpillo sobre el mismo punto donde se esponjaba uno de sus encantadores senos que, como palomita herida, palpitaba en el tibio nido de su corsé.

RAFAEL A. TROYO

CANTARES

Tú le ensueñaste a quier al pobre corazón mío y ahora quieres que se olvide de lo que tiene aprendido.

Las lágrimas que el orgullo no deja salir del cuerpo, abrasan el corazón ó matan los sentimientos.

No se si te ruborizas ó si estás avergonzada... que el rubor y la vergüenza son los que visten de grana.

JOSÉ CASAS SOLA

EL TEATRO ESPAÑOL

Nuestro teatro es aun envidiable. Donde vivieron Zorrilla, García Gutiérrez, Bretón de los Herreros, Hartsenbusch, Gil de Zárate, Rodríguez Rubí, Ventura de la Vega, Surra,

Eguílaz, Ayala, Tamayo, Feliu y Codina; donde viven aun y pueden trabajar, Echegaray, Sellés, Cano, Galdós, Guimerá, Ricardo de la Vega, Dicenta, Benavente, Vital Aza, Lucero, Ramos Carrión, Blasco, Novo y tantos más; donde el recuerdo glorioso de actores como Matilde Diez, Teodora y Bárbara Lamadrid, Pepa Hijos, Elisa Boldun, Elisa Mendoza Tenorio, Mariano Fernández, Romea, Latorre, Delgado, Catalina, Calvo, Zamora, Mario, Rosell, García, se puede unir el trabajo de Balbina Valverde, María Guerrero, María Tubau, Carmen Cobeña, Loreto Prado, Sofía Alverá, Luisa Calderón, Rosario Pino, Pepita Nestosa, Nieves Suárez, Antonio Vico, Donato Jiménez, Miguel Cepillo, Sánchez de León, Thuiller, Mendoza, González, Balaguer, Vallés, Perrín, García Ortega, Fuentes, Larra, Mezejo, etc., etcétera, ni el teatro muere ni vive de limosna; sólo necesita organización.

LUIS ROIZ Y CONTRERRAS

—¿LADIVONSIM? Eso ¿qué es?

—¿De donde vienes, Eduardo? No sabes que a sus efectos se curan todos los callos?

No sería justo decir que el último número de NUESTRO SIGLO excede en interés a los anteriores, pues todos lo recomiendan por su inmejorable confección y la variedad de los trabajos que contienen, pero si que puede citarse como un modelo en su clase; tan ameno como útil, publica numerosos trabajos de suma importancia, con otros de agradabilísima lectura, realizando plenamente su programa de enseñar deleitando, y resultando verdaderamente inverosímil que por quince céntimos pueda adquirirse un periódico tan valioso en todos conceptos.

HIDRÓGENO EN EL AIRE

M. Armando Gautier, que ha descubierto durante su carrera de sabio una porción de cosas muy originales ha reconocido que el aire atmosférico contiene constantemente hidrógeno libre en la proporción de 200 centímetros cúbicos por metro cúbico. Este hidrógeno se desprende en la atmósfera, al mismo

tiempo que los otros gases, cuando ocurren erupciones volcánicas, y proviene de las reacciones que se producen en las capas profundas de la tierra, tales como la disolución por el agua y los ácidos de diversas rocas.

CHARARDA

Prima, segunda y tercera son un nombre de mujer otro nombre *tercia* y *cuarta* otro la *dos* y la *tres* y por último mi todo otro nombre también es.

GEROGLIFICO



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCION

al pasatiempo de número anterior

Jeroglífico.—Un egoísta es capaz de quemar la casa de su vecino para hacer freír un huevo.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

G. G. F.—Aceptados con mucho gusto los *Cantares*.

B. M.—Sogovia.—Están en carlota, para su publicación.

O. G. Q.—Jerez.—Está muy bien y se publicará.

A. C.—Valledad.—Idem.

Saul.—Olán.—Pero, hombre de Dios ¿no está usted bastante encantado que aun se atreva a presentarse en sociedad? ¡Llamaré a David!

J. M. M.—Granada.—Muy correctito y apañadito, pero medianito.

F. M.—Elche.—Bien joven; usted promete.

C. S. F. E.—Caixa.—(Hospital) ¡Casi! Le hace usted *caja* tan mal como... Espere usted que no me acordó ahora...

R. M. A.—Alicante.—¡Welcome! Es usted el mismo de siempre. Su viaje a Londres no le ha ocasionado la menor pérdida de su buen humor.

C. F.—Ateca.—Itugola envió algún dibujo para ver. El tamaño ha de ser algo grande, para poder ser reducido. Lo mejor sería al lavado.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSERTARSE Ó NO, NO SE DETIENE NINGÚN ORIGINAL

INTA EL COMITADO TIPOGROFICO EDITORIAL "LA IMPRESA", PLAZA DE TETUÁN, 50.-BARCELONA

ROBO FRUSTRADO

(HISTORIETA)



—La cosa es lo mor de fácil. Arrimada a la tapia tiene pipa do las grandes la cual nos servirá para bajar...



—Conque esta noche ¿eh?



—Pero que tiene la gracia por arrobas lo que ha pensado el cabo...



—Al fin estoy arriba .. Anda la órdiga y una escalera, y que vamos a bajar, pero que super...



—Ahora sube tú, agárrate bien ¡aupai



¡au!